

# DOSSIER «CÁRCEL»

# CRÓNICAS CARCELARIAS (2001)

## ORIGEN DE LA VIOLENCIA

En la Penitenciaría Provincial de Mendoza, a cualquier hora del día, se apaga la luz del pabellón. Los internos, encerrados, reclaman, gritan. Ante la falta de respuesta, comienzan a patear las puertas de las celdas.

El encargado de pabellón llama al grupo de choque, que ingresa y elige al azar dos o tres celdas. Las abren, hacen salir a los presos y les pegan, bastante. Luego los trasladan al pabellón de castigo, que en setiembre del 2000 era el número 13.

El 13 tiene unas 15 celdas con letrinas. Se amontonan allí presos castigados de los distintos pabellones. El máximo de permanencia permitido en esas celdas de castigo es de 15 días, pero se sabe de quienes han superado ese tiempo.

La luz de los pabellones puede ser cortada con la llave térmica que está junto al ingreso, obviamente del lado de afuera. Es posible que los cortes se produzcan por problemas técnicos. Es posible. Todo es posible.

## SUFICIENTE CON DOS MESES

Un alumno, muy joven, me pide si puedo «hacer algo» por él, que no sabe cuándo lo atenderán, cuándo conocerá algo de su situación legal. Le digo que hable con otro interno, también alumno, conocedor de la burocracia carcelaria. Mientras conversan, un oficial notificador llama al joven y le dice que se va el 9 de octubre a las 12, es decir dentro de un mes. El muchacho se emociona y mira para todos lados, desconcertado. Los demás alumnos festejan. Todos le damos la mano. Le digo que en los próximos días se tiene que portar bien y le pregunto cuánto tiempo hace que está preso. Y responde: «Dos meses, pero ya no quiero estar más».

## EL SUEÑO, LOS BAÑOS Y EL BARCO

En unos de esos días en que Roberto está alegre, me cuenta: «Ayer soñé con usted. Era el dentista y me venía a revisar. Después pasaba al pabellón, me revisaba la boca y me sacaba la muela. Después usted recorría el lugar y se paraba en los baños. Al ver eso, se acercaba a la puerta del pabellón, rompía la llave y decía que no se iba de allí hasta que no viniera la Comisión». Se refiere a la Comisión de Seguimiento de Política Penitenciaria, compuesta por civiles de reconocida vocación humanitaria y democrática.

Roberto cuenta luego cómo son los baños en la cárcel. «Para 200, tenemos dos baños y dos duchas», detalla, y agrega: «Es muy difícil elegir, cuando hay recreo, lo que uno va a hacer». En dos horas solamente se pueden bañar 50 personas.

Mientras conversamos, por la puerta entreabierta vemos a un interno que pasa con un barco de madera, una fragata hermosa de un metro de largo, con velas de tela y tirantes de piola. Roberto recuerda: «Una vez le regalé un barco de esos a mi vieja para su cumpleaños. Le dije que lo había hecho yo, pero ella me miró a la cara como diciéndome ¡qué lo vas a haber hecho vos...!».

## **PEDIDOS**

Hoy me pidieron que pida que les «mejoren» la «conducta», porque están estudiando. Un libro interesante, de historia. Que llame por teléfono al abogado tal y le diga que por favor venga urgente. Que «haga bajar» a un compañero a estudiar. Que traiga algo de José Hernández, el Martín Fierro puede ser. Que un interno ya preparó Lengua y quiere rendir, y que sólo le quedan Matemática, Trigonometría y Física para terminar el secundario.

Me piden cartillas de alfabetización para un compañero de celda al que le están enseñando a leer y escribir. Un libro sobre los poderes de la mente y un «calzado» 40. Un libro de filosofía. Materiales para aprender el sistema Braille: un interno, cordobés, sabe transcribir y hay varios que quieren aprender. Datos sobre algún concurso de poesía. Una tijerita o alicata. «¿Para las uñas?», pregunto. «No, para el cabello». «No puedo ingresar eso, no puedo», le digo. Que llame por teléfono a un programa de televisión que busca gente y pregunte por dos familiares. Un libro con el que se pueda aprender a escribir un relato. Un libro cualquiera. Una revista.

## **PARA QUE TENGAN**

«Setenta tipos llorando. ¿Sabés lo que es eso? Nunca había visto algo así, ¡uf! Setenta tipos llorando a la vez».

Luego de que el motín se dio oficialmente por concluido, la Infantería de la Policía de Mendoza ingresó a la Penitenciaría Provincial. La represión y la destrucción fueron feroces.

Los internos corrían a los pabellones, donde las puertas, entreabiertas, estaban flanqueadas, por adentro y por afuera, de «soldaditos».

«Te pegaban antes de entrar y después de entrar. Algunos venían corriendo con todo para zafar de los golpes, y rebotaban contra la puerta o la pared del pabellón, y allí seguían cobrando».

## **OTRA VEZ ADENTRO**

Por la puerta entreabierta del «aula» en que doy clases sucesivamente a dos grupos de 15 alumnos, alcanzo a ver a Jorge. Baja, con las manos detrás, sin esposas, acompañado por un guardia. Él también me ve. Nos miramos medio segundo y él sigue su camino. Tiene un corte en la cara de unos 10 o 15 centímetros. Volvió a la cárcel el miércoles. Hoy es viernes. Estuvo firmando, es decir con libertad condicional, hasta ese día. Ingresó de nuevo porque chocó en una moto que no tenía papeles. Iba de acompañante, pero el conductor y el que chocó contra ellos no aparecen.

La mujer de Jorge está por tener un hijo.

Una mañana, ella vino a verme al trabajo con su madre, a contarme lo que le había pasado a Jorge. Estaba internado en el hospital Lagomaggiore. Le di mi número de teléfono y le pedí que me llamara si necesitaba algo más. A la siesta fui al hospital. Jorge tenía la cara hinchadísima. Estaba con su mujer, su suegra y una mujer policía, la custodia. La esposa me dijo que él me estaba esperando. Jorge me preguntó varias veces «cómo tengo la cara». Le dije que si era tan coqueto, después podía hacerse una cirugía estética. Estaba desarmado, rendido, en la cama. Cada tanto le caía una lágrima, que no podía enjugar. Su mujer las secaba con un pañuelito de papel. Estaban esperando al abogado, que se demoraba más de la cuenta.

## **CUADERNOS Y MENTIRAS**

Un alumno me pide otro cuaderno. Dice que el que tenía se lo quitaron en una requisita. Está en el pabellón 13. Luego de la clase, me encuentro con el jefe de seguridad interna y con el subdirector de la cárcel. Están charlando, parados, camino al cuadro de tareas, un lugar donde hay talleres y donde viven entre 50 y 100 presos.

Me acerco a las autoridades y les digo lo de mi alumno, que le habían quitado el cuaderno, en el pabellón 13, de castigo. El jefe me corrige: «No es de castigo, es de observación». Y agrega que es mentira, que no hay orden de quitar cuadernos. «Como es mentira lo que ha publicado una revista sobre el motín», agrega, mirando hacia ningún lugar. Le respondo que hace varios años que trabajo en la cárcel y que no creo todo lo que los presos me dicen. Interviene el subdirector: por lo menos hay que averiguar si es cierto, propone. «Eso, eso», digo yo. «Cumplo con avisarles que un alumno me ha dicho que le han quitado el cuaderno», agregó a modo de conclusión. Luego les pregunto si hay algún problema para ingresar bancos de escuela a la cárcel, si consigo una donación, porque sólo hay diez sillas de plástico. Dicen que sí, que no hay problema. Me despido.

## **«ESA REVISTA BATE A LA CANA»**

Al trasladar a unos internos de pabellón, los penitenciaros vieron unas revistas que tenían los presos entre sus pertenencias. «No, esa revista no va. Esa revista bate a la cana», afirmaron, y secuestraron los ejemplares, que son propiedad de los presos, no de los guardias. Que eran propiedad de los presos.

## **UN HOMBRE EDUCADO**

Un día, sin avisar, me impiden ingresar a la cárcel diarios y revistas. Reclamo y pido hablar con el jefe de seguridad interna. Me dice: «Tengo órdenes de que usted se dedique exclusivamente a sus tareas». Sorprendido por la contundencia de esa afirmación, dejo de decir que doy clases de Lengua y Literatura. Que en esa asignatura se trabaja con diarios y revistas. Que las usamos para leer entre todos una misma nota. Entrego, entonces, las revistas en Conserjería. Les digo a los penitenciaros que no me sirven, que las lean ellos.

A la semana, voy a hablar con el director de la cárcel, un abogado que actualmente trabaja de camarista en otra provincia. En su oficina, le explico la situación. Le digo que no se puede impedir el ingreso de diarios a la cárcel, porque se violan los derechos a la información y de enseñar y aprender.

Reconoce que sí, que es ilegal, pero me pide que, como persona educada, que ha podido estudiar, comprenda yo lo siguiente: para un penitenciario que no se ha formado en veinte años, que no sabe hacer otra cosa que funcionar en un sistema verticalista, un diario o una revista son cosas peligrosas. Asombrado ahora por esta curiosa reflexión, le pido un aval para realizar mi tarea en el penal sin sentirme en peligro. Me dice que no me preocupe, que no corro peligro. No quedo conforme, pero no insisto. No quiero discutir. De pronto suena el teléfono. Es el jefe de régimen. El director aprovecha para decirle al que lo llama que por favor me atienda, que tengo ideas «muy interesantes» sobre la educación en la cárcel. También sugiere que nos tomemos, uno de estos días, un café los tres, para charlar de la educación en la cárcel. Habla unos minutos más y cuelga. Luego me dice que tengo un pedido de sanción. Ya sé, porque le quise dar una birrome a un preso que estaba esposado. Él bromea y me dice que no me preocupe. Da a entender que no me sancionarán. A los dos meses, me piden un «descargo» en un expediente de un centímetro de espesor, con actuaciones en mi contra y que comienza con un relato distorsionado del incidente de la birrome.

Hace más de un año, denuncié esta situación, y otras irregularidades, ante la Comisión de Derechos y Garantías de la Cámara de Senadores. Aún no tengo respuesta.

## **LA BIROME**

Mientras espero a mis alumnos, que demoran unos 40 minutos en bajar, un interno que espera para audiencia me pide una birome. Le digo que sí. La voy a buscar al aula. Cuando regreso, lo están esposando. Como no puede tomarla, se la introduzco apenas en un bolsillo delantero del pantalón. El guardia que lo estaba esposando me grita que qué hago, que no puedo darle nada mientras lo está requisando. Le pido disculpas, saco la birome del bolsillo del preso, se la muestro al guardia y le pregunto: «¿Ahora se la puedo dar?». «No, no puede», me vuelve a gritar, y me retira la mirada. Me quedo con la birome en la mano y le digo que por lo menos merezco un poco de respeto. Pero él ya no me mira, y sigo hablando sin sentido. Se llevan al interno a una audiencia, esposado y sin birome.

## **LECHE, QUESO Y BUDÍN DE PAN**

Raúl me cuenta que han vuelto a dar leche. Hace cuatro días que pasan por los pabellones con ollas llenas de leche. «Yo la guardo y me hago un queso riquísimo», dice, y explica su método. Primero deja la leche en una botella de plástico, hasta que suelta el suero. Lo filtra y pasa lo que queda a un recipiente de plástico, donde se agrega sal, pimienta, si hay, y ajo, también si hay. Se tapa con una tela y se deja un tiempo al sol. Luego se desmolda en la tela y se lo cubre, envuelve y cuelga, hasta que toma consistencia. Si se quiere queso crema, se deja menos tiempo. El queso normal se obtiene en una semana.

«Otra vez –sigue contando Raúl– aprendí a hacer budín de pan. Era mi cumpleaños y preparé uno para mi vieja y mi hija, que me venían a visitar. Lo corté, lo serví, y vi que la nena probaba un poquito con la cuchara y lo dejaba a un lado, sin decir nada». Raúl se ríe: ¡A mí me parecía que estaba riquísimo, pero ni la nena lo quiso comer!».

## **VERDUGOS**

“La mitad de los celadores son verdugos”, dice Juan, y le pregunto qué quiere decir. “Acá le decimos verdugos a los guardias que pegan, que te joden un trámite, que no entregan las cartas, que te buchonean –explica–, pero también hay gente honesta que te ayuda. Es como en todos lados, hay gente buena y hay gente mala”.

## **ESPOSAS**

Según cuentan los alumnos presos, hay dos maneras de poner las esposas. Es posible colocarlas de modo que no dañen ni lastimen, pero eso ocurre a veces. En general, las esposas son colocadas muy ajustadas a las muñecas y de ese modo al menor movimiento de las manos se producen llagas. Esta sutileza de la vida cotidiana policial, judicial y carcelaria no es contemplada en las discusiones de los políticos e intelectuales sobre seguridad. La esposa ajustada es la pequeña venganza, el pequeño pero efectivo castigo personal que el agente se permite, con el silencio o la aprobación del código no escrito de las fuerzas de seguridad.

El preso con experiencia sabe que, una vez esposado, debe tomarse las manos y moverlas lo menos posible.

## **MUJERES**

El pabellón de mujeres o Unidad 3 aloja a casi cien detenidas. La mujer en la cárcel se deprime mucho. En general las internas son madres y tienen muchos hijos. El sistema les permite convivir con los pequeños hasta que comienzan a ir a la escuela. Los extrañan mucho. Cualquier mujer sabe o puede imaginar lo que se siente al estar separada de los hijos. Los hombres presos también sufren por sus hijos y también los extrañan, pero es distinto. Así como, en general, un hombre necesita trabajo y si no lo tiene desespera, una mujer necesita además, visceralmente, cuidar de sus hijos, y si no lo puede hacer desespera.

## **PEDRO EN LIBERTAD**

A las 9 y media de la noche, en el trabajo, suena el celular. Es Pedro. Acaba de salir de la cárcel, después de tres años. Me llama porque quedamos que cuando saliera nos íbamos a reunir. De paso, me dice que no tiene ni para el colectivo. Es de noche y Pedro recuperó su libertad al mediodía. Su familia –madre y hermanos– lo fue a buscar. Me llama desde el centro porque salió a caminar. Está cerca de mi trabajo y le digo que se venga.

Lo invito a comer algo. Pasamos por un quiosco y compramos tarjetas de colectivo. Terminamos en un «pizza libre». Tomamos cerveza y nos comemos una pizza y media entre los dos, menos una porción, que nos pide un pibe que pasa. Justo la de cebolla que quedaba. «Yo también he hecho eso, manganar comida en la calle», dice Pedro cuando el chico se aleja con su porción.

Pedro me cuenta su vida. Desde los 14 años que vive en la calle. Con su hermano, al que llama «el finadito», porque murió, vivían en la calle y robaban. Eran muy unidos. Dormían bajo un banco de la plaza San Martín. «En invierno nos despertábamos retemprano, congelados, y nos agarrábamos a las patadas para calentarnos», cuenta, y larga una carcajada nerviosa. Pedro tiene los ojos vidriosos. «Salíamos a buscar algo, desayunábamos y andábamos todo el día por ahí».

Me muestra ahora su cédula de libertad. El papel dice que estuvo preso tres años y pico y que ha cumplido la condena por robo agravado. Ha robado, dice, por lo menos cuarenta negocios del centro. Ya estuvo preso antes de esta condena de tres años. Fueron otros tres, con dos de

intervalo. “Como un sánduche en el que las tapas de pan son el presidio y el fiambre es la libertad”, describe.

Pedro está muy ansioso y me dice que es muy reservado, que no cuenta sus cosas, pero poco a poco se va confesando. Pierde la timidez, el respeto (me trata de usted, aunque le pida varias veces que me tutee) y va sacando cosas afuera. «Tiene 27 años y ha pasado 6 en cárceles», pienso y me digo mientras lo escucho.

«Debo haber caminado como 20 kilómetros, no puedo parar, no lo puedo creer. Imagínese, tres años en una celda de dos por tres con tres o cuatro vagos más». Y sigue: «Mi familia es hermosa, son evangelistas, somos ocho hermanos, contando al finadito. Mis hermanas estudian. Son buena gente. Los únicos que salimos así somos yo y el finadito». Cuando le pregunto por su padre, me dice que murió en 1990, de un infarto.

Pedro tiene dos hijas y quiere verlas. Viven con la madre en un barrio marginal de la ciudad de Mendoza. No quiere ir allí porque tiene miedo de que haya problemas. Las va a mandar a buscar con alguien de la familia. La más chica tiene 3 años y Pedro habla sobre todo de ella. La más grande tiene 12 y en una visita a la cárcel le reprochó que su madre estaba viviendo con otro hombre y le dio a entender que no la perdona.

Pedro tiene un pequeño «revire», él mismo lo dice. Es decir, es hiperquinético y «medio loco». Es cualquier cosa menos un tipo sereno. Cuenta algunas de las cosas terribles que ha vivido y se ríe casi todo el tiempo, como queriendo aminorar o negar el dolor que le producen. Mientras habla, retuerce una y otra vez su gorra roja de beisbolista.

Le pregunto por qué se fue de la casa cuando tenía 14 años y no me sabe decir. Reconoce que le va a costar comenzar una nueva vida, sin delinquir, pero está muy entusiasmado con dejar todo eso. Después me acompaña a la parada del micro y me dice: «Bueno, yo me iría». Nos saludamos y Pedro se acomoda la gorra, cruza la calle y se aleja. Da pasos largos.

## **REQUISA TEATRAL**

Una tarde, mientras recorremos pabellones con la Comisión de “derechos humanos”, nombre con el que se conoce a la de Seguimiento de Política Penitenciaria, el oficial que nos acompaña nos dice que por favor “bajemos”, porque hay un operativo en el cuadro de tareas.

Nos acompañan hasta allí y nos encontramos con un escenario singular. Todos los internos parados mirando contra la pared, las celdas vacías y muchos infantes, dirigidos por un comisario, se aprestan a requisar las celdas.

No son celdas comunes, porque en ellas trabaja gente.

Nos piden a cada miembro de la Comisión que observemos la requisa. La Justicia ha ordenado el “allanamiento” del sector a raíz de una denuncia anónima. Buscan armas de fuego.

Me toca presenciar la revisión de una celda en la que vive y trabaja un técnico en electrónica. Arregla allí televisores y radios. Observo que tiene en su mesa cortantes hechos a mano.

La requisita comienza. Estamos en la celda, el interno y el encargado, un miembro del grupo policial especializado, vestido de azul y lleno de municiones colgadas, incluida una bomba de gas lacrimógeno. No habla. Mueve, una a una y con sumo cuidado, todas las cosas de la celda, busca elementos prohibidos.

El interno sí habla. Explica que esas herramientas son de un compañero de celda que hace trabajos de albañilería en la cárcel.

El policía no está conforme y consulta a sus superiores.

En ese trámite estamos cuando recuerdo que tenía turno con el médico y llamo entonces con mi teléfono celular para avisar que no podré ir.

Simultáneamente, al verme hablar por teléfono, deciden dejar las herramientas en la celda y finalizar la requisita.

En las otras celdas, los demás miembros de la Comisión observan revisiones similares a la que presencié.

En unos minutos termina la farsa y nos retiramos.

Cualquiera sabe que las requisas en la cárcel no son precisamente algo tan civilizado y prolijo como las que presenciamos. Nadie es tan ingenuo para no darse cuenta de que esa fue una requisita suave e irreal. Porque se sabe que requisar tiene mucho que ver con desordenar, destruir, secuestrar elementos de las celdas: fotos de la familia, revistas, libros, lápices. Y casi siempre hay focos que se rompen por imprudencia o brusquedad del requisador, y todo eso.

Nos vamos y me queda la sensación precisa y desagradable de que las autoridades de Seguridad piensan que somos idiotas.

## **LA BIBLIOTECA**

Más o menos un año y medio antes del motín de marzo del 2000, conocido por los medios de comunicación como «motín vendimial», autoridades del gobierno visitaron la biblioteca de la cárcel. Una semana antes, el director pidió a los responsables de los libros que los ordenaran por tamaño, porque de ese modo la biblioteca se vería más ordenada.

Se deshizo así el trabajo, que llevó meses, de ordenar los libros por su contenido y no por su forma.

Después, durante el motín, la biblioteca fue incendiada, además de los talleres de trabajo.

Las malas lenguas dicen que ese lugar fue prendido fuego por los policías que ingresaron a reprimir. Creo más en esto que en la versión oficial, que dice que fueron los mismos presos sublevados los que destruyeron su propia biblioteca, que tenía cerca de tres mil libros y era un apoyo muy importante para la recreación y la educación de los internos.

# La muerte de Omar Córdoba

El 14 de enero de 2003, cuando murió, Omar Wilfredo Córdoba Ortega tenía 36 años y llevaba más de 13 de cárcel de una condena a 20 años de prisión por los delitos de asalto agravado y violación. Durante ese tiempo detenido, Córdoba trabajó y estudió. Además, produjo incidentes para llamar la atención del sistema carcelario, que es estructuralmente demoroso en otorgar los beneficios a los internos. También intentó matarse varias veces, colgándose o cortándose. Cuando falleció, Córdoba llevaba un papelito en el bolsillo donde pedía ayuda urgente porque, según decía, lo querían asesinar.

## Una historia

A medianoche suena el timbre de mi casa. Voy a atender. Imagino, mientras camino por el pasillo que da a la puerta de calle, que es un amigo trasnochado. Pero no. Es Omar, que se ha escapado del hospital neuropsiquiátrico El Sauce, a donde fue trasladado desde la cárcel porque quiso suicidarse en su celda. Le salvó la vida un guardiacárcel, que lo escuchó gemir en el calabozo, pidió ayuda y lo descolgó.

Cuando veo a Omar me quedo helado. Lo acompaña un taxista que me pide que le pague. Le pago y lo despido.

“Qué hacés acá”, le digo a Omar.

Me responde: “Perdoname pero me escapé”.

“Ya me di cuenta, pasá”.

En mi casa estaba mi pareja y un amigo, que me ayudan a hablar con Omar. Deja caer su bolso al piso y suspira. Se lo ve muy cansado. Dice que ha caminado mucho y que se tomó el taxi porque no sabía qué hacer.

Le damos de comer. Hay coca cola y le sirvo. Dice: “Hace más de diez años que no tomo coca cola”.

También come un sánduche de salame y de postre torta de cumpleaños, que sobró del otro día. Mientras come, sonrío y dice: “¡Uh, cuando le cuente al Christian que comí torta de tu cumpleaños no lo va a poder creer. Está muy rica!”.

Pongo música suave y me pide algo de Ennia. Le digo que no tengo. Me pide de los Redondos y pongo el último disco, Momo Sampler. Dice: “No es lo mismo que Luzbelito pero está bueno”.

Entre los tres intentamos convencer a Omar de que vuelva al hospital.

“Tengo tres alternativas”, piensa en voz alta. “Volver a la cárcel, volver al hospital o irme al exterior. Me gustaría irme a Tailandia. En el hospital me drogan mucho y eso no me gusta. Yo soy una persona sana, que no come carne. No puedo ni leer cuando me dan esas pastillas”.

Sigue nuestra tarea de convencimiento para que vuelva al hospital. Una hora después llevamos a Omar a ese lugar y lo dejamos en la guardia del pabellón de judiciales, con el médico, que ni nos saluda ni escucha nuestro pedido de hablar con él. Es que estaba durmiendo y lo hemos despertado. Los guardiacárceles nos agradecen que hayamos devuelto a Omar.

“No quiero que me metan en un pabellón de locos. Necesito una pieza aislada”, nos había pedido Omar en mi casa. No pudimos hacer nada más que dejarlo en el hospital.

Omar se fugó del neuropsiquiátrico con dos presos más, que huyeron hacia otros lados.

## **De vuelta al Sauce**

Más o menos un año después, Omar volvió a ser internado en El Sauce, luego de otra crisis suicida. Antes de esto, una hermana fue a visitarlo al hospital Lagomaggiore, donde Omar estuvo veinte días por una enfermedad de la piel. Tenía la esperanza de salir pronto en libertad y se puso contento de poder dar el domicilio de su hermana en el trámite de la libertad condicional. Hacía cuatro años que nadie de su familia lo visitaba.

Unos días después, de regreso en la cárcel, se volvió a descontrolar y lo volvieron a llevar al Sauce.

Allí fue encontrado muerto, según relataron las crónicas policiales. Se colgó o lo colgaron de una tira de frazada, que ató o ataron a la bisagra superior de una ventana.

El director del hospital dijo que Omar buscó estar solo para matarse, que lo tenía decidido y que era muy difícil o imposible evitarlo. Curiosamente, el director no explicó por qué se le permitió a Omar estar solo si se sabía de su tendencia suicida. El médico forense confirmó que murió de asfixia por ahorcamiento.

## **El papelito**

Omar solía decir que lo querían matar, tenía miedo, y cada tanto pedía que lo cambiaran de pabellón por ese motivo. Esto es explicado por los psicólogos y psiquiatras como un delirio paranoico o concepto técnico similar. No se preguntan si realmente alguien lo amenazó de muerte o si tenía enemigos entre los internos o los guardias. Cada vez que fue internado en El Sauce, además del “chaleco químico” o tratamiento con psicofármacos, por la noche lo encadenaban a la cama, por orden médica, según decían para evitar que se matara.

Cuando Omar salió muerto de El Sauce llevaba puestas bermudas. En un bolsillo se le encontró un papelito escrito, con mi nombre y mi teléfono. Pedía otra vez ayuda, que me buscaran urgente, y finalizaba con la siguiente afirmación: “Me quieren matar”. El papelito está en poder de la Justicia.

### **Vida cotidiana**

Omar escribía mucho y tenía muy buena letra. Escribía cartas y hábeas corpus y pedidos de audiencia para él para otros presos. Esto último irritaba al “sistema”. Omar creía en Dios y siempre que podía asistía a misa en la capilla de la cárcel. Era muy supersticioso; le interesaba leer sobre todo acerca de religión y esoterismo. Sabía de pájaros y de pesca, de filosofía y del mundo reo de la calle y de la cárcel. Jugaba bien al ajedrez. De noche escuchaba radio y últimamente también veía televisión en el pabellón. Cuando hablaba de sus compañeros de prisión decía “los muchachos”. Cuando se refería a Cristo le decía “el flaco”.

Tenía sentido del humor. Fue mi alumno durante un año, y mucho después, cuando me enteré de que se familia había dejado de verlo, comencé a visitarlo una vez por mes. Le llevaba comida, tabaco, papel de carta, biromes, elementos de higiene y pilas para la radio. Cada tanto, algo de ropa, un libro, un diario o una revista.

Cada vez que nos encontrábamos en el patio de visitas de la cárcel, apenas nos saludábamos se apuraba a calentar agua en su pava, y cebaba mates. El primero me lo ofrecía, y me decía sonriendo: “El primero es para el tonto”. Comíamos galletitas dulces o de las otras. Si hacía mucho calor, tomábamos gaseosa. Él hablaba casi todo el tiempo y prácticamente no comía. Decía que cuando saliera en libertad iba a estudiar una carrera universitaria. Decía que soñaba con nadar en un lago.

## Datos finales

Cuando murió, Omar estaba muy cerca de obtener la libertad condicional. Necesitaba elevar la "conducta" y el "concepto", que llegaron a estar "mala" y "pésimo" luego de su fuga del hospital psiquiátrico y de sus repetidos incidentes de rebeldía e intentos de suicidio.

Omar visitó varias veces las celdas de castigo, donde los presos que cometen inconductas permanecen muchos días en una celda sin camas, sin baño, sin luz. Pero últimamente se estaba portando mejor y a raíz de eso había empezado a trabajar de fajinero. Los fajineros son los internos que limpian la cárcel y realizan tareas y diligencias varias.

Omar era flaco, medía más o menos un metro setenta, pesaba unos 65 kilos. Su piel era oscura, y el pelo, lacio y negro. Tenía ascendencia aborigen. Se había hecho algunos tatuajes, como muchos presos, y tenía un ojo desviado, el derecho. De una vez que quiso matarse cortándose el cuello, le quedó una cicatriz que parecía un collar. Me dijo que cuando saliera de la cárcel se iba a hacer una cirugía estética para borrar esa marca circular.

**Nota: La versión original de este texto se publicó el viernes 7 de febrero de 2003 en la Revista *El Sol* (Mendoza, Argentina)**